

Pérez-Reverte: «La Guerra Civil la han reabierto los políticos»

Publica «Línea de fuego», un estremecedor relato de la Batalla del Ebro y un emocionante retrato humano de los combatientes que participaron y los sufrimientos que padecieron

J. Ors-Madrid

Aquí está la guerra como es, desnuda, desprovista de gloria y falsos adornos, sin las filacterias habituales de los discursos, la retórica y la ideología. Ahí están los nacionales y los republicanos, cada uno con sus ideas y causas, pero esto no va de banderas ni tampoco de credos políticos, sino de hombres, soldados, la mayoría de ellos tremendamente jóvenes, que se encuentran por casualidad, destino o voluntad propia defendiendo una trinchera o reclutados por un ejército para participar en un conflicto donde, alcancen la victoria o sean derrotados, siempre resultarán perdedores.

Arturo Pérez-Reverte publica «Línea de fuego» (Alfaguara), una obra que ha escrito porque «están desapareciendo los testigos. A mí la Guerra Civil española me la contaron de viva voz mi tío y mi abuelo, que tenían una visión de primera mano de los dos bandos. Pero ahora los testigos se han ido muriendo y está quedando solo el discurso ideológico. Unos y otros usan la Guerra Civil de manera política. Esto es muy peligroso porque las ideas son manipulables si ya no está el testimonio directo para confrontarlas. Cuando escuché a un político joven hablar de la Guerra Civil me di cuenta de que le faltaba un vínculo con lo real. Es cierto, añade, que hay un bando legítimo, el republicano, y otro, no. Es obvio. Pero cuando miras de cerca lo que distingues son personas que estaban ahí obligadas, que se les llevaron de sus pueblos y les pusieron una camisa azul o una boina de requeté». Lo que, afirma, «no cambia el discurso general, pero sí la percepción de lo



LA CLAVE

Una contienda que perdimos todos

Hubo españoles, pero también italianos, americanos, ingleses. Todos sufrieron y todos perdieron algo en la Guerra Civil española. Arturo Pérez-Reverte cuenta en «Línea de fuego» cómo las tropas moras eran utilizadas como came de cañón por Franco y las Brigadas Internacionales perdían sus últimas ilusiones en el Ebro. «Ya no eran las del principio. Estos ya eran hombres muy cansados, supervivientes, muy tristes, que ya no tienen fe... ya solo quieren sobrevivir. Es muy interesantes la visión que ellos tienen de los españoles. Cuentan sus impresiones en las memorias. Me interesaba mucho. De hecho, se aprende bastante de los españoles y de la Guerra Civil a través del testimonio de los extranjeros, que tienen una visión externa. Pero incluso ellos acabaron derrotados, porque la Guerra Civil la perdieron incluso los extranjeros. Todos, los italianos, los brigadistas, los moros. Solo la ganaron cuatro generales y los nazis».

humano. La Guerra Civil española no fue una de cuatro generales, curas y banqueros. Fue más complejo. Con esta novela quiero devolver la conexión con el testimonio humano, recordar lo mal que lo pasaron nuestros padres, «desideologizar» a la gente que estuvo luchando. No todo combatiente franquista era franquista ni todo republicano, republicano», asegura el académico.

Morir por un cigarrillo

El resultado de estas reflexiones es «Línea de fuego», donde describe la Batalla del Ebro. Una narración que discurre en diez días y donde aparecen falangistas, requetés, milicianos, brigadas internacionales, fuerzas moras, legionarios y comisarios políticos. Todos comparecen con sus insignias y a todos se les van desprendiendo los colores y destiñendo los uniformes según discurre el enfrentamiento hasta que solo distinguimos hombres corrientes que pelean por sobrevivir. «De las guerras en las que he estado, siete fueron civiles. Y allí nadie moría por la patria, Dios, la bandera o lo república. Morían por un cigarrillo, un compañero, por vengar a un amigo al que habían matado. Y en nuestra Guerra Civil se luchaba por eso», comenta el novelista.

Son más de seiscientas páginas hipnóticas, intensas en emoción y humanidad, donde se citan el miedo y el coraje, la nobleza, la generosidad, la grandeza y la cobardía. Es la guerra, con sus gestos de altruismo, horror y locura. Una selva de disparos, bombas, sed, calor, miseria, dolor y hambre, que pretende trasladar al lector la intensidad de un combate real, desde dentro. «En el frente no existen diferencias. Para los



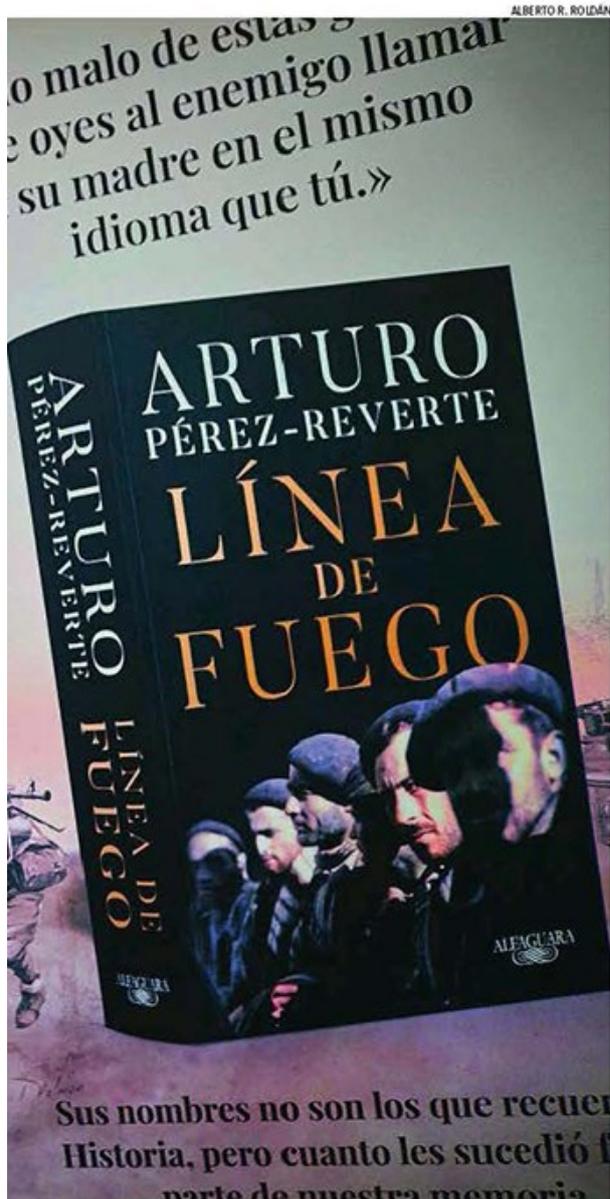
que combatieron, los recuerdos son los mismos: a todos les hieren y todos arrastran las mismas vidas destrozadas. La guerra la ganaron Franco y los militares de su entorno y la perdieron los jóvenes de ambos bandos, esas juventudes que fueron quemadas. Cuando leía sus memorias, me enternece, porque he visto chavales de esa misma edad en tantos países...».

Para Arturo Pérez-Reverte, la

«Solo una aproximación humana a nuestra contienda nos salvará de los discursos partidistas y miserables», asegura

«Guerra Civil no seguía abierta, la han reabierto los políticos». Y lo explica: «Los que participaron, como Carrillo, La Pasionaria, y los del bando nacional, la quisieron cerrar. Ya era un capítulo de la Historia. Pero cuando no existe una base intelectual en la política que sea seria; cuando no hay una ideología concreta basada en argumentos solventes ni talla política, lo que existe es una tendencia bastarda para clasificarlo todo como blanco o negro. Las nuevas generaciones políticas carecen de solvencia y aplomo intelectual y por eso recurren a argumentos maniqueos. Y la Guerra Civil es perfecta: unos generales contra el pueblo español. Pero no es tan elemental. El problema es que los más jóvenes no tienen memo-

ALBERTO R. ROLDÁN



Arturo Pérez-Reverte, ayer, durante la rueda de presentación de su «Línea de fuego»

exterior a nosotros. Es nuestra memoria. No pretendo resolver el conflicto latente de la Guerra Civil, sino a que

los lectores se interesen por saber si su padre estuvo en Belchite, por ejemplo, y, si fue así, que quieran conocer qué pasó allí. Una aproximación humana a la Guerra Civil es lo único que nos salvará de los discursos políticos partidistas, miserables y disparatados». Pérez-Reverte, que aspira a que después de cien páginas, los lectores solo vean personas y no bandos, confiesa por último una de las fuentes de inspiración que laten en su último libro: Chaves Nogales, que fue ninguneado por unos y por otros porque aseguró que «gane quien gane, habrá un dictador».

LA OPINIÓN

La batalla de los 20.000 muertos

Jesús Jiménez

Cuando el Ejército del Ebro pasó el río, en el que sería el último intento de cambiar el signo de la Guerra Civil en favor de la República, dio comienzo la batalla más prolongada, de mayores dimensiones y más mortífera de toda la contienda. Aludida en ocasiones con la expresiva denominación de «la batalla de los cien días», se extendió de forma precisa entre el 25 de julio y el 16 de noviembre de 1938, fecha en la que la última unidad republicana, la XIII Brigada Internacional, regresó a su punto de partida más allá del Ebro. En conjunto, superó en extensión a cualquiera de las principales operaciones militares de la guerra, sobrepasando en duración a los intentos de 1936 de tomar Madrid por asalto por parte de los sublevados, a las largas campañas de Vizcaya y Asturias de 1937 y a la no menos relevante batalla de Teruel, concluida ya entrado el año 1938.

Fue la firme determinación

por parte de ambos bandos de asumir una campaña de desgaste la que propició una batalla tan dilatada. Para el Ejército Popular, mantenerse firme en el tiempo era una baza estratégica ante su retaguardia y ante el mundo, y, para Franco, la batalla planteada era una ocasión propicia para desgastar a un enemigo con escasos recursos como para reponer las pérdidas. El hecho de que, además, el campo de batalla se redujera a una porción relativamente limitada de territorio —en torno a unos 800 kms²— poco propicio para la maniobra, añadió intensidad a los combates. Un espacio concentrado que ambos ejércitos fueron alimentando de hombres y de material a lo largo de más de tres meses hasta convertir al Ebro en la batalla de mayores proporciones librada en España en toda su historia.

El número total de combatientes involucrado solo puede estimarse de una forma bastante general. Buena parte de los autores dan por válida una cifra global de 250.000 hombres repartidos a partes iguales, aproximadamente, entre ambos bandos. Al comienzo de la ofensiva, el Ejército del

Ebro lanzó una masa de maniobra de unos 100.000 efectivos contra un sector del frente defendido por 40.000 combatientes. Estos datos indican que el ataque se ejecutó contra un sector relativamente desguarnecido del frente, pero también permiten calibrar —y esto nos interesa más— el volumen de los contingentes que se desplazaron al Ebro en fechas sucesivas hasta alcanzar el cuarto de millón de hombres.

Sin embargo, a aquellas alturas de la guerra, este esfuerzo humano no tenía el mismo coste para ambas partes. Es ilustrativo que para la ofensiva la República tuvo que movilizar a los reemplazos de 1923 a 1926 y a los reservistas de 1919 a 1921; es decir, varones en los márgenes de una horquilla de entre dieciocho y cuarenta años. Así, en ambas trincheras, unidos jóvenes y viejos bisoños con



Tropas republicanas cruzan el Ebro durante la batalla

veteranos, se conformó una constelación de experiencias vitales, grados de moral y capacidad de combate verdaderamente heterogénea.

Y, con ello, un irrecuperable coste humano. Las cifras totales de bajas son tan difíciles de precisar como las de efectivos implicados. Con las debidas reservas, varios autores apuntan a 60.000 en el bando sublevado y 75.000 en el republicano. De entre ellos, en conjunto, se puede hablar de 20.000 muertos, aunque determinadas fuentes apuntan más alto. La proporción de fallecidos entre el total de bajas y de estas con respecto a las fuerzas implicadas es indicador de la magnitud y violencia del choque.

La gran batalla de la Guerra Civil —y la más trágica en términos humanos— fue además la última que se libró en condiciones de un mínimo equilibrio. El Ebro marcó el inicio del último acto de la contienda, que, no obstante, se prolongaría otros cien días más.

Jesús Jiménez es historiador de Desperta Ferro